

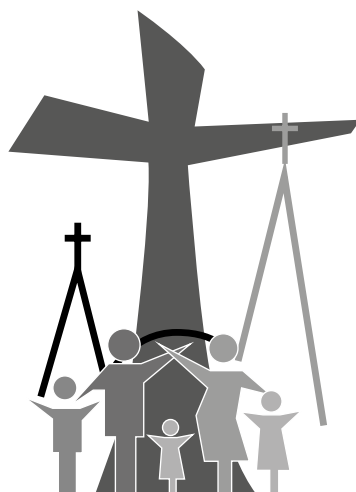
La familia, Iglesia doméstica en tiempos de pandemia

COMISIÓN DIOCESANA
DE LA PASTORAL DE LA
FAMILIA GUADALAJARA



Índice

Presentación	3
Tema 1	
Confianza en Dios y en su proyecto	5
Tema 2	
La pandemia y sus efectos sociales y emocionales en la familia	10
Tema 3	
El reto de mantener viva la fe en la familia	15
Tema 4	
Pastoral familiar y personas con discapacidad	20
Tema 5	
“Tiende la mano al pobre” es una invitación a la responsabilidad	27



DIMENSIÓN FAMILIA
ARQUIDIÓCESIS DE GUADALAJARA

Casa de la Familia

Rayón 835, Col. Moderna
Guadalajara, Jal.

Asesor de la Dimensión Familia

Pbro. Eduardo Pajarito González

Coordinadores Diocesanos

Sr. José Ernesto López Medrano

Sra. Delia González Sandoval

DIMENSIÓN FAMILIA

**Administradora y
contacto para distribución**

L.A.E. María del Carmen

Cervantes Hernández

Tel. (33) 3955 • 2462

Editado e impreso por:

Ediciones Casa del Catequista

Corrección y estilo

Oscar Esaú Villafuerte López

Diseño y diagramación

Beatriz Olmos Ramírez

Presentación

Seguir caminando y peregrinando, cultivando la cultura del amor, es nuestra misión. Hoy, más que nunca, una gran tarea para la familia, en este tiempo de prueba con la pandemia del COVID-19, es no desfallecer, sino que, tomada de la mano de Dios, debe seguir avanzando.

Este año 2020 nos ha llevado a “estar más tiempo en familia”, generando cosas buenas como conocernos más, la convivencia, juegos de mesa, ver una película y la ayuda en las labores de casa; por otro lado, también puede generar más roces y momentos de desacuerdo o discordia. De ahí que es necesario hacer presente a Dios en nuestras familias, para poder sanar las heridas producidas por las ofensas en familia, por el pecado. Este tiempo ha sido un reto también en la parte económica, ya que muchas personas se han quedado sin empleo, han tenido que cerrar sus negocios o han percibido sólo un porcentaje de sus ingresos habituales, esto conlleva situaciones complejas en los miembros de las familias, desde cambiar de un estilo de vida acostumbrado hasta caer en una crisis que repercute en conflictos matrimoniales y / o separaciones. Esto, aunado a las cuestiones de salud, donde muchas familias han experimentado problemas por el coronavirus o algunas otras enfermedades o ya no se diga la pérdida de un ser querido; vemos también el sufrimiento que todos estos acontecimientos han provocado en nuestra nación y en el mundo entero.

Vivir estas situaciones nuevas y difíciles nos llevan a reinventarnos, en un ambiente complejo: nuevas formas de recibir la educación, protocolos de sanidad en todas partes, mayor tiempo en casa y en familia, distinguir entre lo esencial y lo que no, ayudar al prójimo en la caridad, tomar en cuenta a los más vulnerables, ancianos, niños, enfermos crónicos, personas discapacitadas; tenemos una tarea enorme de ayudar, de perseverar en la fe y de seguir unidos como familia y como Iglesia. Deseamos que este material sirva como una sencilla herramienta para reflexionar en familia sobre nuestras circunstancias actuales.

Que la Sagrada Familia de Nazaret nos acompañe en este tiempo de contingencia y nos lleve a vivir la experiencia de una familia unida, aun en las adversidades de la vida, manteniendo la fe y creciendo en la esperanza.

De parte de la Dimensión Familia
Pbro. Eduardo Pajarito González
Ernesto López y Delia González



ARZOBISPADO DE GUADALAJARA

Guadalajara, Jal.; 18 de Septiembre de 2020
Prot. A2691/2020

Sr. Pbro. Eduardo Pajarito González
Presente.

Estimado Sr. Pbro. Eduardo:


He leído y revisado en forma y contenido el material "La Familia Iglesia domestica en tiempos de pandemia, Semana de la Familia", doy fe de que no existe nada en contra de la fe y costumbres católicas, *por lo tanto*, se le concede el "Imprimátur".

Solo le pido entregar 2 ejemplares a esta oficina del Arzobispado para el archivo del mismo

El Vic. Gral., así lo decretó.


JAVIER MAGDALENO CUEVA PBRO. DR.
Secretario Canciller




JESÚS GARCÍA ZAMORA PBRO. LIC.
Vicario General

Tema 1

Confianza en Dios y en su proyecto

Pbro. Lic. Felipe de Jesús Rosales Rosales



Objetivo

Encontrarnos, de nuevo, con nuestro Principio y Fundamento de vida que es Cristo Resucitado; a través de la Adoración Eucarística, servicio a los enfermos y rezo del santo Rosario en familia; para crecer en la confianza en Dios y en su proyecto de salvación integral, para nuestra familia.



Oración Inicial

CANTO: “Caminaré en presencia del Señor”

Caminaré en presencia del Señor. (2)

Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante.
Porque inclina su oído hacia mí el día en que lo invoco.

Me envolvían en redes de la muerte,
caí en tristeza y en angustia.
Invoqué el nombre del Señor:
¡Señor, salva mi vida!



Ver con los ojos del Padre

En la vida personal y familiar cada proyecto humano puede recibir elogios y, después de unos años, pasa o caduca; mientras que todo lo que viene de Dios está destinado a perdurar. Los proyectos humanos siempre llegan a su fin, cumplen su objetivo, si todo va bien, y después de un tiempo pasan de moda. Piensen en los grandes imperios, en las dictaduras de siglos pasados. Se sentían muy poderosos para dominar el mundo y, luego, todos colapsaron. Incluso hoy, todos los que no se cimienten en Dios colapsarán, porque Dios no está con ellos, porque la fuerza que los hombres tienen en sí mismos no es duradera. “Sólo la fuerza de Dios perdura”. Por eso, la confianza sólo se puede poner en lo que es eterno, en lo que no pasa, en lo que permanece para siempre.

Como el caso de san Pedro, que tenía miedo de hundirse en el lago siendo pescador, a veces podemos sentirnos abrumados por el espanto y el miedo. Cuando sentimos fuertes dudas y temores, y parecemos hundirnos, en los momentos difíciles de la vida, donde todo se vuelve oscuro, no debemos avergonzarnos de gritar como él: “¡Señor, sálvame!”. Llamando al corazón de Dios, al corazón de Jesús: “¡Señor, sálvame!”. ¡Es una hermosa oración! Podemos repetirla muchas veces: “¡Señor, sálvame!”. Previo al acto de confianza, debemos experimentar el dolor, la soledad, la impotencia, la propia debilidad y tener la humildad de pedir ayuda a Dios y sus palabras fieles en la oración diaria familiar.

¿Creo que la oración sencilla me puede salvar de mis preocupaciones?



Discernir con los criterios del Hijo

La vida diaria supone gestos de confianza en Dios y en los demás seres humanos. Aprendemos desde el vientre materno a confiar en nuestra madre, sus consuelos y arrulllos; de nuestro padre, confiamos en su presencia, su protección; de nuestros familiares, su ayuda y fortaleza; de nuestros maestros, a conocer la verdad; de nuestros médicos, el camino de la sanación; de los pilotos, la certeza de que nos llevarán sanos y salvos a nuestro destino; de los novios, la fidelidad y, de los esposos, la fidelidad a la promesa dada. En fin, la confianza es parte de nuestra propia historia.

Por lo tanto, la necesidad de confiar en Dios no es ajeno a nuestra naturaleza. Corresponde a nuestra vida natural y sobrenatural. Pero, más aún, confiar en Dios es una bendición: “Bendito sea aquel que confía en Yahveh, pues no defraudará Yahveh su confianza. Es como árbol plantado a las orillas del agua que, a la orilla de la corriente, echa sus raíces. No temerá cuando viene el calor, y estará su follaje frondoso; en año de sequía no se inquieta ni se retrae de dar fruto” (Jr 17, 7). La confianza en Dios es superior a la confianza en las cosas pasajeras o inclusive al ser humano, porque nos asegura la vida, la prosperidad, nos da fecundidad y la sabiduría necesaria para salir adelante en los momentos de crisis personal, matrimonial, familiar o comunitaria... en tiempos de pandemia. Ahora, más que nunca, debemos confiar en Dios y en sus palabras; no existe mayor seguridad para nuestro bien, nuestra vida verdadera. Las noticias de la mañana en los medios de comunicación, últimamente, presentan un proyecto sin Dios, como si todo fuera devenir catastrófico sin control ni amor. Dejando al ser humano como víctima de la naturaleza enfurecida. Pero, la verdad, es que Dios nunca nos abandona.

A pesar de los pesares, Dios está siempre con nosotros. Creer y dar espacio a su presencia en lo que hacemos y vivimos a diario, nos abre el corazón a la confianza en Él. Cada uno de nosotros, desde el seno materno de nuestra familia, somos un proyecto de Dios para la felicidad que Cristo nos ha conquistado con su Pasión, Muerte y Resurrección.

El gesto de Jesús que, inmediatamente extiende su mano y toma la de su amigo Pedro, debe ser contemplado en profundidad: Jesús es esto, es la mano del Padre que nunca nos abandona; la mano fuerte y fiel del Padre que siempre y sólo quiere nuestro bien y perfecta felicidad. «Tener fe —añade el Papa Francisco— significa, en medio de la tormenta, mantener el corazón vuelto hacia Dios, hacia su amor, hacia su ternura de Padre». Vivir con Jesús en nuestro corazón es nuestro proyecto de Confianza para todos sus seguidores.

“Jesús quiso enseñar esto a Pedro y a los discípulos, y también a nosotros hoy. En los momentos oscuros, en los momentos de tristeza, Él sabe bien que nuestra fe es pobre en todos. Somos gente de poca fe: todos, incluso yo, todos, y que la fe es pobre y que nuestro camino puede ser difícil, bloqueado por fuerzas adversas” (Ángelus, 9 de agosto de 2020).

Pero Él es el Resucitado, no olvidemos esto: Él es el Señor que pasó por la muerte para traernos a salvo. Incluso antes de que comencemos a buscarlo, él está presente a nuestro lado. Y al levantarnos de nuestras caídas, nos hace crecer en la fe.

La principal razón por la que debemos confiar en Dios es que Él es digno de nuestra confianza. A diferencia de los hombres, Él nunca miente y nunca falla para cumplir con sus promesas. “Dios no es hombre, para que mienta... Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Nm 23, 19; Sal 89, 34). A diferencia de los hombres, Él tiene el poder para llevar a cabo todo lo que planea y se propone hacer (Is 14, 24). Nos dice: “El Señor de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado”. Además, sus planes son perfectos, santos y justos, y “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rm 8, 28). Si nos esforzamos en conocer a Dios a través de su Palabra, vamos a ver que Él es digno de nuestra confianza y nuestra confianza en Él crecerá diariamente. Conocerlo es confiar en Él.



Actuar con la fuerza del Espíritu Santo

No podemos confiar en alguien que no conocemos, y ese es el secreto de aprender a confiar en Dios. Cuando alguien dice “confía en mí”, tenemos una de dos reacciones: Podemos decir “sí, yo confiaré en ti”, o “¿por qué debo hacerlo?”. En el caso de Dios, confiando en Él, sigue naturalmente cuando entendemos por qué deberíamos hacerlo.

Por tanto, oremos, cantemos, dialoguemos, sirvamos y trabajemos en nuestros deberes con la confianza de que Dios bendice nuestros esfuerzos; en la casa, en la parroquia, en la calle, en la oficina, en el mercado, en nuestros aposentos, dondequiera está Dios para librarnos del mal.

La forma de poner en acción nuestra confianza en el Señor es la caridad a los más débiles, por tanto, visitemos las personas de la tercera edad, aportemos solidariamente alimento a los más pobres y necesitados. Entremos en comunicación con los enfermos a través de los medios digitales...

“Bueno es el Señor; es refugio en el día de la angustia, y protector de los que en Él confían” (Nh 1, 7).

Padre Dios, te doy gracias porque confiar en ti me hace más fuerte y me libera del temor y de la angustia. Las raíces de mi vida están firmes en ti.

Celebramos



Para la celebración de este día sugerimos preparar un lugar con el Santísimo expuesto, con las medidas sanitarias suficientes, la imagen de la Virgen María, reclinatorios y una cuerda que conduzca desde lejos, en medio de obstáculos, a ese lugar de Adoración Eucarística; vendar los ojos a cada uno de los miembros de la familia, tomados de la mano y guiados por los expositores del tema. Llegados al lugar, rezar el santo Rosario, en Adoración Eucarística, pidiendo a Nuestro Señor conocer sus proyectos en nuestras vidas y seguir creciendo en la confianza en Él.

Oración de confianza para afrontar los retos

“Padre amado, te alabo en todo momento porque sé que cada día abres tu inagotable lluvia de bendiciones a todos los que a ti acuden confiados. Tú siempre sales siempre en mi auxilio y me haces vivir tranquilo. Te doy gracias por toda la belleza que colocaste en la Creación.

En cada rincón de este mundo está reflejado tu poder. Quiero recibir de ti esa fuerza y ánimo para estar alegre, siempre dispuesto a luchar contra todas las adversidades.

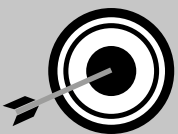
*Quiero vivir en la serenidad de tus palabras, aún en medio de la angustia.
Quiero ser testigo de tu poder. Que mi fe se vea fortalecida.*

*Dame vida en abundancia. Quiero vivir según tu amor y tu justicia en familia.
Gracias porque, con tus Palabras, sanas nuestras mentes y espíritus y nos levantas en victoria ante aquellas circunstancias y problemas en las que nos vemos derrotados.
Nos conoces y nos amas. En ti creemos, por eso te alabamos y te adoramos”. **Amén.***

Tema 2

La pandemia y sus efectos sociales y emocionales en la familia

Lic. Jaime Cedillo Bolivar



Objetivo

Reconocer que la pandemia ha generado efectos sociales y emocionales al interior de cada familia y aprender a enfrentarlos, fortalecidos por la fe y la esperanza, para sacar la mejor enseñanza y los mayores frutos posibles de esta prueba.

Oración Inicial

“Señor Jesús, tú que viviste al interior de la Sagrada Familia, que tuviste que enfrentar en esa comunidad íntima las dificultades y pruebas de la época, como verdadero hombre junto con tus padres, te pedimos que, iluminados por el Espíritu Santo, tengamos la gracia de vivir estos momentos de prueba llenos de paz y armonía al interior de nuestro hogar, con la firme esperanza de que todo acontece para el bien de los que te aman. Que sepamos entender que tus tiempos son perfectos y siempre sacas inagotables gracias para tus hijos en cada una de las situaciones adversas que nos toca vivir. Haz que sea una época fecunda para nuestras familias, tiempo de encuentro y reconciliación, de renovación de nuestro amor conyugal y familiar. Que seamos fieles testimonios de tu amor en nuestra comunidad”. **Amén.**



Ver con los ojos del Padre

La pandemia llegó inesperadamente, en un momento donde la rutina y el imparable ritmo por conseguir nuestros objetivos, principalmente materiales, nos tenía tan distraídos que nunca pensamos que algo pararía nuestra alocada carrera. Creíamos tener las prioridades claras, trabajábamos todo el día, íbamos de aquí para allá corriendo, poco tiempo para perder, todas nuestras horas llenas de actividades, escasos momentos de reflexión y convivencia con los más queridos. Parecíamos invencibles, nada ni nadie podía detenernos. De repente, llegó un microorganismo, llamado coronavirus, y se convirtió en una experiencia compleja para todos, principalmente para los pequeños. Una pandemia que llegó de manera inesperada y obligó a todos a tomar medidas, un asilamiento forzoso, un distanciamiento físico. Se acabaron las salidas fuera de casa y quedaron para después los gestos de cariño y abrazos.

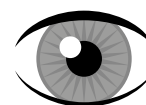
Para cada familia ha sido una prueba de convivencia altamente intensa. El encierro presentó situaciones difíciles, aspectos negativos como el miedo y la ansiedad. Algunas familias con más organización en sus hogares implementaron ru-

tinias con horarios estables; lograron una rutina acorde a sus necesidades para enfrentar la situación, siendo productivos y creativos; otras familias no tanto, espacios reducidos, carencias derivadas de la falta de trabajo o ingreso, exigencias de la escuela en casa, grandes retos que pusieron a prueba tanto a padres como a hijos.

Algunos padres han podido disfrutar más tiempo de calidad con sus hijos. La experiencia de conocerlos mejor les ha permitido establecer vínculos más fuertes. Para algunos ha sido una experiencia enriquecedora a pesar de ser una situación larga y llena de incertidumbre.

Algunas personas han podido hacer más ejercicio físico, lo que ha ayudado a combatir el estrés y mantener un buen estado físico y emocional.

Para los adolescentes, no poder pasar tiempo con sus amigos y hacer lo que les gusta, les ha hecho sentir aislados y frustrados. Para esta generación que siempre ha conseguido fácilmente lo que ha querido y no han tenido que aplicar la resiliencia con frecuencia, ya que han afrontado pocas dificultades y los papás han estado ahí siempre para



apoyarlos, protegerlos y, muchas veces, resolver sus problemas, ha sido una temporada de mucha exigencia emocional. Para esta generación, de los 14 a los 21 años, dicha situación se convierte en la gran prueba de sus vidas.

Hoy, más que nunca, se han reajustado las jerarquías, se ha cuestionado al “tener” incluso subordinándose por momentos al “ser”. Todos hemos sido más sensibles a las necesidades de los demás, hemos experimentado compasión y solidaridad por los más necesitados; las carencias y dificultades nos han acercado al hermano. Nos miramos a distancia, pero nos sentimos más cerca; nos hablamos desde lejos, pero las palabras entran más profundas. Dios se hace más presente en los hogares, la oración se ha fortalecido en muchas familias. La muerte y el sufrimiento del hermano han tocado nuestros corazones. Hemos

tenido un tiempo privilegiado para la reflexión, más tiempo para escuchar, para leer, para conversar. Las dificultades del pasado hoy parecen tener otra perspectiva. La vida poco a poco regresa a una cierta normalidad, pero nosotros ya no somos los mismos. Los acontecimientos han dejado una huella profunda en las generaciones que hoy convivimos. La pandemia no sólo ha sido una enfermedad que ha matado a muchos, sino una oportunidad de salvar a otros más de la indiferencia e insensatez. Ha sido tiempo de conversión, de cambio, de reencuentro y renovación, de reflexión profunda y revalorización, de jerarquización de nuevas prioridades, tiempo de amar intenso y disfrutar a nuestros seres queridos. Sin duda este tiempo ha sido una significativa sacudida en nuestra vida. De cada uno de nosotros depende el final que quedará escrito en esta historia, el desenlace de este inolvidable 2020.



Discernir con los criterios del Hijo

*“No acumulen tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Acumulen **más bien tesoros en el cielo**, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. **Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón**” (Mt 6, 19-21).*

La experiencia humana en esta pandemia ha dejado al descubierto dónde habíamos colocado nuestros tesoros y dirigido nuestros esfuerzos. La oportunidad que el Señor nos da hoy es reconocer aquello que hemos atesorado a lo largo de estos años en la vulnerabilidad de la polilla, la herrumbre y los ladrones que roban y socavan.

Dios nos muestra qué camino elegir. Es claro cuando asegura que donde está nuestro tesoro ahí está también nuestro corazón. Los retos y pruebas que trae consigo este tiempo de crisis y de pandemia son una llamada de nuestro Señor que llega una vez más y toca a nuestra puerta, si le abrimos, su promesa es vigente, entrará y cenará con nosotros, y ahí se quedará haciendo morada en nuestro corazón.

Tal vez nos sentimos frágiles, quizás son momentos realmente difíciles, las pruebas son grandes, sin embargo, cuanto más débiles más fuertes debemos ser en el Señor, los planes de Dios no son nuestros planes, sus caminos no son nuestros caminos, pero si tenemos fe, si nos abandonamos verdaderamente a la Providencia Divina, Él sabrá guiar nuestros pasos al camino correcto. El Espíritu Santo

llenará con sus dones nuestra familia para ser esa comunidad íntima de vida y amor que coloque a Dios como su tesoro en el corazón. Así sabremos que estamos guardando nuestra preciada fortuna en el lugar correcto, en el cielo.

Con fe y esperanza digamos con el Salmista: *“Señor, ten piedad y misericordia de mí, muéstrame el camino que debo seguir, enséñame a cumplir tu voluntad, ayúdame a ser fiel, porque tú eres mi Dios, porque yo soy tu siervo”* (Sal 25, 4-5).

Actuar con la fuerza del Espíritu Santo

Nuestra familia hoy tiene nuevas oportunidades. Dios hace nuevas todas las cosas, cada día trae consigo una nueva esperanza, por ello debemos colocar nuestra confianza en el Señor y realizar un plan de acciones concretas en el hogar, para pasar de la intención a la acción concreta que nos permita, a pesar de nuestras limitaciones y debilidades humanas, colocar permanentemente nuestro tesoro en el lugar correcto.

a) Familia que reza unida permanece unida

- Debemos esforzarnos, pidiendo a Dios los dones de la piedad y del santo temor, para que seamos una comunidad orante, desde temprano, cuando ofrecemos la jornada del día a Dios. Los pequeños deben entender que nuestro primer pensamiento debe dirigirse al Señor, agradeciendo un nuevo día y pidiendo que nos dé su gracia para cumplir nuestros deberes. Es importante que establezcan una oración particular que, al despertar, se eleve a Dios. Así sabremos que todos en familia oramos unidos.
- El agradecimiento al recibir los alimentos es un detalle importante, pues nos hace conscientes de la Providencia Divina y sensibles a las necesidades de otros que no tienen las mismas oportunidades que nosotros.

- El rezo del santo Rosario, en algún horario acordado, en el que podamos orar todos juntos, es indispensable. Cuando dejamos entrar a nuestra Señora en el hogar, ella cuida de nuestro tesoro y podemos tener la certeza de que nos cubrirá con su manto, protegiendo y alcanzándonos del Señor los dones y gracias que necesitamos para ser fieles.

b) La vivencia intensa de los Sacramentos

- Participar juntos de la santa Misa es la más grande riqueza que podemos recibir de nuestro Señor: fortalece nuestra comunidad, renueva el amor conyugal, anima nuestras relaciones, reafirma nuestras intenciones. El domingo es sagrado, nunca debemos omitir la Misa dominical en familia y, si es posible, incorporar en nuestra rutina una o unas más entre semana, según nuestras posibilidades. Nuestra mayor fortaleza familiar nos viene de la Eucaristía.
- Arrodillarse juntos ante el Santísimo, por lo menos una vez al mes, nos dará intimidad y cercanía con el Señor. Debemos promover, con humildad, la adoración al Santísimo en familia. En su generosidad, el Señor derrama gracias incalculables a la familia que, con fe, lo hace.



- Acudir al sacramento de la Confesión, animándonos unos a otros a no dejar pasar más de un domingo sin comulgar. Si algo hay en el corazón de alguno de los esposos o de los hijos, debemos inmediatamente ayudar a que todos se confiesen, ya sea en Misa o en algún otro momento, siendo compromiso para todos comulgar.
- Debemos realizar sacrificios, con el fin de fortalecer nuestra debilidad humana y nuestra concupiscencia. Ofrecer algo que nos cueste trabajo pidiendo a Dios la fortaleza de mejorar cada día. El ayuno en familia, conforme a las condiciones y a la edad de cada uno, es un camino de perfección que nos permite colocar primero a Dios y nos abre a la recepción de los dones del Espíritu Santo. Se puede hacer por lo menos una vez al mes o con mayor compromiso cada viernes.
- Leer la Palabra de Dios en casa, aunque sea un pequeño versículo cada día, nos va alimentando y llenándonos de sabiduría. Antes de comer o dormir es un buen momento. Dios siempre tiene tanto que decirnos y leer su Palabra es una gran oportunidad de escucharle.
- Promover la lectura de un libro espiritual, como la vida de los santos que nos muestran el testimonio de hombres y mujeres que caminaron a la perfección, es una excelente motivación pues nos anima a seguir los pasos de aquellos que vivieron las virtudes de manera heroica, dándonos herramientas en el día a día para buscar nuestra propia santificación en las actividades cotidianas.
- Finalmente, practiquemos las obras de caridad y misericordia con el prójimo, tanto espirituales como corporales, esto nos capacita en la práctica de la caridad y nos permite hacer vida la Palabra de Dios, dando testimonio de su amor y siendo signos visibles para otros de una familia comprometida con su vocación y misión en el mundo.

Dios no se queda con nada ni olvida nada, Dios quiere a nuestra familia unida y cerca de Él. Hay tantas gracias que quiere darnos que, si tenemos el valor, disciplina y compromiso de seguir este camino, las encontraremos y no vamos a querer dejarlas jamás. Ánimo, no tengamos miedo de entregar nuestros planes y vida familiar a Dios a través de la intercesión de la Virgen María. Ellos sabrán fortalecer, proteger y guiar a nuestra comunidad íntima de vida y amor a su fin en esta tierra: la santidad.



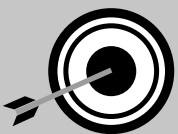
Celebramos

“Gracias, Señor, porque has querido darme una familia. has permitido que, en la historia de mi vida, a través de mis padres, hermanos y hoy mi esposa e hijos, conozca tu amor y tu alianza permanente. Gracias, Dios mío, por todos los momentos de dicha y felicidad que me has regalado. También gracias por las pruebas, dolores y sufrimientos con los que has tocado nuestras vidas y que han sido gracias especiales para acercarnos más a ti. Permítenos reconocer cada día el tesoro de tu amor para mantener viva la llama de tu presencia y resguardar tan preciado don en nuestro corazón, para que el día que nos llares a tu lado lleguemos juntos en familia como una comunidad íntima de vida y amor que cumplió con su misión y alcanzó la santidad. Bendito y alabado seas por siempre, Jesús. ¡Viva Cristo Rey!” **Amén.**

Tema 3

El reto de mantener viva la fe en la familia

Fam. Mayorga Gardiel



Objetivo

Descubrir a Jesús como luz en nuestra vida, ante la realidad que estamos experimentando como familia, en la pandemia, viviendo en el amor y, juntos contribuir a la edificación del Reino de Dios.



Oración Inicial

“Dios todopoderoso, tú que conoces mi corazón y mis debilidades, te pido que envíes tu Santo Espíritu para poder escuchar tu Palabra y tu mensaje”.

Rezar un Padre Nuestro y un Ave María. Luego, tres veces la siguiente jaculatoria:

Espíritu Santo, fuente de luz: Ilumínanos.



Ver con los ojos del Padre

Algo microscópico parece paralizar al mundo, propiciando un respiro a la tierra que *“gime y sufre dolores de parto”* (Rm 8, 22). *“Olvidamos que nosotros mismos somos tierra”* (Gn 2, 7).

Mantener viva la fe parece ser un tema muy complicado, sobre todo en estos tiempos, cuando la tecnología y diversas ideologías bombardean nuestra sociedad. Además, una gran inestabilidad económica, provocando una incertidumbre ante el cierre de empresas y negocios, la pérdida de empleo, pérdida de casa, créditos que se vuelven impagables, violencia intrafamiliar: estrés de los hijos y padres de familia debido a las clases y tareas en línea, agresiones, divorcios, abandono de los hijos y una violencia social. Inestabilidad emocional ante las enfermedades, la probabilidad de ser contagiado, la pérdida de familiares, seres queridos y, sobre todo, como laicos experimentamos un dolor y soledad al no poder recibir el sacramento de la Reconciliación, de la Eucaristía presencial y comulgar el Cuerpo de Cristo...

Convencidos sobre el gran reto que enfrentamos las familias, cada día con dificultades, por las necesidades, deseos y expectativas de nuestro prójimo, si en la familia no hay un perdón, puede haber muchas heridas y dolor, alejándose de Dios por el pecado. Cuando la impureza llega a ser parte de lo normal, ante todo esto *“para Dios nada es imposible”* (Lc 1, 37).



Discernir con los criterios del Hijo

«Pero Jesús dijo claramente: “el que cree en mí no cree solamente en mí, sino en aquel que me ha enviado. Y el que me ve a mí ve aquel que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que crea en mí no permanezca en tinieblas”» (Jn 12, 44-46).

“La fe es aferrarse a lo que se espera, es la certeza de cosas que no se pueden ver” (Hb 11, 1).

En nuestra desesperación, a veces podemos actuar inadecuadamente, incluso podemos llegar al borde del colapso, pero si tenemos fe, lograremos

mos descubrir lo contrario, convirtiendo las amenazas en oportunidades.

La enfermedad puede conducirnos a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede también hacer a la persona más madura, ayudarla a discernir en su vida lo que no es esencial para volverse hacia lo que sí lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él (CEC 1501). A la luz de la fe, Dios lo permite para purificarnos, para convertirnos y, una vez que pase, ser más humilde, más fraternos con el prójimo... y si partimos a la casa del Padre, tener la certeza de que estaremos con Él.

Pero sin la fe es imposible agradecerle, pues nadie se acerca a Dios si antes no cree que existe y que recompensa a los que lo buscan (ver Hb 11, 6).

La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en Él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo (LF 4).

La familia juega un papel importante en la vida de la fe

La familia está llamada a edificar el Reino de Dios y participar activamente en la vida y en la misión de la Iglesia (Catecismo sobre la Familia y el Matrimonio, 118). En la familia, la fe está presente en todas las etapas de la vida, comenzando por la infancia: los niños aprenden a fiarse del amor

de sus padres. Por eso, es importante que los padres cultiven prácticas comunes de fe en la familia, que acompañen el crecimiento en la fe de los hijos. Sobre todo, los jóvenes, que atraviesan una edad tan compleja, rica e importante para la fe, deben sentir la cercanía y la atención de la familia y de la comunidad eclesial en su camino de crecimiento en la fe (LF 53).

La principal educación para la oración será siempre el testimonio de los padres (Catecismo sobre la Familia y el Matrimonio, 126), por eso es necesario orar en familia, porque el mismo Jesús nos enseñó que *“donde hay dos o más congregados en su nombre, allí está Él en medio de ellos”* (ver Mt 18, 20).

A través de la fe creemos que Dios tiene el poder y la fuerza de transformar nuestras vidas: nuestra persona, nuestro matrimonio, nuestros hijos e hijas, nuestra familia, nuestra inestabilidad económica, nuestras situaciones emocionales y sanar nuestras heridas, sobre todo en estos momentos de contingencia sanitaria.

La fe puede producir milagros, como nos lo comparte Dios en su Palabra: *“Y entonces una mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años y a la que nadie había podido curar, se acercó por detrás y tocó el fleco de su manto. Al instante se le detuvo el derrame. Jesús preguntó: ¿Quién me ha tocado? Como todos decían: ¡Yo no! Pedro le replicó: Maestro, es toda esta multitud que te rodea y te oprime. Pero Jesús le dijo: alguien me ha tocado, pues he sentido que una fuerza ha salido de mí. La mujer, al verse descubierta, se presentó temblando y se echó a los pies de Jesús. Después contó delante de todos por qué lo había tocado y cómo había quedado instantáneamente sana. Jesús le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz”*

(Lc 8, 43-48). Ante las situaciones y problemáticas que vivimos como familia debemos tener la voluntad de ir a Jesús que, a pesar de los obstáculos que se nos presenten en la vida al ir a Él, y por más tiempo que tengamos con una herida o un problema, tenemos la certeza que nos puede sanar o ayudar a resolver un problema, y que la fe nos puede salvar.

Cultivar la fe en la familia

Aprender a rezar nos corresponde a todos: de acuerdo con cada una de las etapas de los hijos y de su madurez interior.

Hay diferentes formas de oración en familia: al inicio del día, alguna oración breve. Por ejemplo, dar gracias por el nuevo día y una pequeña jaculatoria; al momento del desayuno, la comida y la cena, una oración para bendecir los alimentos. Dependiendo de la edad se puede rezar la oración del Padrenuestro y un Ave María. Al terminar de recibir los alimentos, dar gracias. Las oraciones para la bendición de los alimentos y dar gracias a Dios las puede dirigir un miembro de la familia cada día. ¡Comer permite un momento de gratitud y de unión en la familia! ¡Qué hermoso es ver que todos colaboran: alguien prepara los alimentos, otros preparan la mesa, otros sirven la bebida! ¡El momento de compartir la mesa se convierte en un altar!

A las 12:00 del día, el rezo del Ángelus; a las 3:00 de la tarde, el rezo de la Coronilla de la Divina Misericordia...

Por la noche, al término de las actividades de la jornada, se puede rezar el santo Rosario, el cual puede ser dirigido por un miembro de la familia cada día y tener presentes las necesidades de una persona o rezar por las familias.

Acudir a la Misa dominical en familia y, si es posible, también entre semana. Los pueden enseñar a los hijos, poco a poco, el sentido de cada rito, las posturas que hay que adoptar o el respeto que merece la Casa de Dios.

El Padre en la fe

Con Abrahán, nuestro padre en la fe, sucede algo desconcertante: Dios le dirige la Palabra, se revela como un Dios que habla y lo llama por su nombre. La fe está vinculada a la escucha. Abrahán no ve a Dios, pero oye su voz. De este modo la fe adquiere un carácter personal (LF 8).

Modelo en la fe

María, la Madre del Señor, es icono perfecto de la fe. Como dice Isabel: Bienaventurada es, porque ha creído (LF 58; Lc 1, 45).

Una fe sin obras es una fe muerta

“Porque, así como un cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe que no produce obras está muerta” (St 2, 26).

“El amor es paciente y muestra comprensión. El amor no tiene celos, no aparenta ni se infla. No actúa con bajeza ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo. No se alegra de lo injusto, sino que se goza en la verdad. Perdura a pesar todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo” (1 Co 13, 4-7).

Una de las formas de amar al prójimo es siendo pacientes, comprensivos... escuchar o compartir con la persona más próxima en la familia (la esposa, el esposo, los hijos e hijas).

Los padres de familia pueden compartir su tiempo para dialogar, jugar, ayudar a hacer la tarea, interesarse en lo que a los hijos les gusta, pre-

guntarles cómo les fue en su día, cocinar juntos, asear la casa, ver una película, además de proveer lo necesario, dar sin esperar nada a cambio, aceptar y corregir con caridad...

Con otras familias se pueden compartir momentos de dolor por la pérdida de un ser querido, repartir el pan, escucharlos ante un problema familiar (por ejemplo, separación de los cónyuges, crisis emocionales, pérdida del sentido de la propia existencia, etc.). Dar luces desde la Palabra de Dios y, ante una necesidad concreta, con humildad pedir y aceptar la ayuda. ¡Orar en familia por las familias!

“Queridos amigos: lo que hemos recibido debemos darlo, estamos llamados a difundir el consuelo del Espíritu y la cercanía de Dios. ¿Cómo podemos hacer esto? Pensemos en lo que nos gustaría tener ahora: consuelo y estímulo, alguien que nos cuide, alguien que rece por nosotros, que lllore con nosotros, que nos ayude a enfrentar nuestros problemas. Por lo tanto, lo que queremos que nos hagan los demás, hagamos con ellos lo mismo. ¿Queremos ser escuchados? Escuchemos. ¿Necesitamos que nos animen? Animemos. ¿Queremos que alguien nos cuide? Cuidemos de los que no tienen a nadie” (Papa Francisco, video-mensaje como parte del servicio litúrgico de Pentecostés del arzobispo de Canterbury. 31 de mayo de 2020).

Actuar con la fuerza del Espíritu Santo

Al momento de contestar las preguntas, se propone esta canción, como música de fondo:

“Tan solo confía” (Grupo misericordia): bit.ly/3iFPNFp

- ¿Qué realizo para acrecentar mi fe?
- ¿Cómo comparto mi fe con los demás?
- ¿De qué forma soy caritativo y paciente con mis padres?
- ¿De qué forma, como padre de familia, soy caritativo y paciente con mis hijos?
- ¿Cómo ayudo a otras familias?
- Dios, ¿qué me pide en estos momentos de pandemia?
- ¿A qué me comprometo para aumentar mi fe?

Celebramos

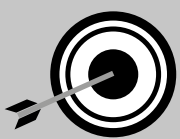
Invitar a los asistentes a orar de manera espontánea por cada integrante de su familia, para que Dios aumente su fe.



Tema 4

Pastoral familiar y personas con discapacidad

L.A.E. María del Carmen Cervantes Hernández



Objetivo

Ofrecer a las familias que tienen personas con discapacidad, esta reflexión enmarcada desde los criterios que rigen a la Comisión Diocesana de Pastoral de la Familia, indicados en el VI Plan Diocesano de Pastoral de la Arquidiócesis de Guadalajara, en clave de: **Ver con los ojos del Padre**, como marco de la realidad; **Discernir con los criterios del Hijo**, como marco doctrinal; y **Actuar con la fuerza del Espíritu Santo**, como discernimiento pastoral.

Oración Inicial



“Creo que todos los creyentes creemos en el poder de la oración que es tan necesaria para el hombre.

Pensando el otro día en personas como yo, que tenemos una discapacidad, siempre la he visto como una misión en la vida, una oportunidad de ser feliz con lo que tengo y con lo que soy.

Hay ocasiones en que nuestros dolores son muy fuertes, otras menos, pero se los ofrecemos al Señor porque gracias a Él soportamos cada dolencia.

Aunque nos cansamos, siempre pensamos que hay otro día para continuar nuestra misión, pero siempre vemos la vida con todo optimismo, esta vida que Dios nos concedió como seres de luz, porque así fuimos creados, seres de luz que dan un mensaje de amor y aceptación a quienes nos rodean.

Queremos que este mundo en el que vivimos sea mejor, que podamos ser iguales a los demás y buscar en las personas algo de bondad y que puedan ceder el paso; este mundo podría ser mejor si hubiera compasión de prójimo a prójimo.

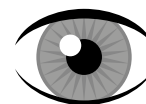
Es por eso que le pido a Dios, todos los días, que vea por el desvalido, por aquel al que nadie ayuda o a nadie tiene.

Le pido a Dios por mis amigos que, al igual que yo, tienen discapacidad; que descubran la misión que el Señor les encomendó y que la terminen con devoción y alegría, eso es un ofrecimiento.

Esta oración se la ofrezco al Señor para que nunca nos abandone y podamos seguir sus huellas, porque nuestro amor por Él es muy grande, y seguiremos en esta vida haciendo su voluntad”.

(Pedro Belmares. Persona con discapacidad)

Ver con los ojos del Padre



Una de las realidades en las familias en México es la discapacidad que pueden tener uno o más de sus miembros, y esto puede acarrear problemas o no saber qué hacer cuando se tiene la noticia de tal situación o se enfrentan personalmente a ella.

Sucede aun en la misma familia que los familiares con discapacidad pueden ser apartados, relegados o excluidos, o son un motivo de vergüenza, aparte de que es una gran responsabilidad el cuidarlos. Al mismo tiempo vemos familias que suelen ser solidarias y unidas, apoyando a la persona afectada.

De acuerdo con datos del Censo de población y vivienda (INEGI, 2019), en México hay 7.7 millones de personas con alguna discapacidad, de las cuales 54.2% corresponde a mujeres y 49.9% son adultos mayores. Ese número equivale a 6.7% de los 115.7 millones de personas de cinco años y más que habitan nuestro país, hasta el Censo hecho en el 2018.

Nos da a entender que 2 de cada 10 familias tiene un miembro con discapacidad, revelándonos que en nuestra familia hay alguien que la padece o al menos tenemos un conocido con alguno de estos problemas ya sea por enfermedad, accidente o vejez, siendo el mayor porcentaje en personas adultas de más de 60 años.

El INEGI, además, indica que “de la proporción de población que tienen entre 5 y 29 años que asiste a la escuela, el 46.8% tiene alguna discapacidad en comparación con quienes carecen de alguna dificultad que es de 59.1%”.

En la Comisión Diocesana de Pastoral de la Familia constatamos, en el marco de la realidad de nuestra Arquidiócesis, que en no pocas de nuestras familias existe una tendencia de ver a las personas con discapacidad como parte de una estadística, viendo a nuestros familiares que viven esta condición de discapacidad como una “minoría estadística”, y que se les ubica dentro del calificativo de una “minoría *versus* una mayoría”, o peor aún, como sujetos que pertenecen a la “anormalidad *versus* la normalidad”.

Como Comisión Diocesana, descubrimos constantemente que, en nuestros círculos familiares y socio culturales, nuestros lenguajes cotidianos se refieren a estas personas, identificando la “discapacidad” como “invalidez” y ambas dentro del horizonte de la “anormalidad”, por lo tanto, son personas en estado permanente de exclusión, ya no sólo estadística, sino de exclusión y aislamiento de nuestras propias familias.

Lo anterior nos lleva a evitar promover estos lenguajes y actitudes, que terminan por señalar, localizar, desactivar y avasallar a las personas con discapacidad, que merecen ser tratadas desde el reconocimiento pleno de su dignidad como personas, y encontrar familias, sociedades, y a su Iglesia, como quien las acoge compasivamente, evitando que seamos nosotros los que activemos acciones discapacitadoras, “que los esconda debajo de la alfombra, o se niegue su existencia con hipocresía, o se aleguen razones para ignorarlas o encubrir las”.

Asumimos los testimonios de no pocas familias que nos dan lecciones de amor, respeto, promoción y acogida de sus hijos, hermanos, padres, tíos, abuelos, etc., como lo que son: integrantes de una familia, por el hecho de ser personas. De ahí que entendemos la tarea de responder de mejor manera, como Comisión Diocesana de Pastoral Familiar, a las urgentes necesidades que suponen que, como Iglesia, “veamos con los ojos del Padre” a nuestros hermanos con discapacidad, con lenguajes, actitudes y pastorales adecuadas.



Discernir con los criterios del Hijo

Esta oportunidad de reflexionar en lo que como Comisión Diocesana hacemos y estamos dispuestos a realizar pastoralmente a favor de las personas con discapacidad, lo hemos considerado desde el VI Plan Diocesano de la Arquidiócesis de Guadalajara, así como desde los criterios emanados del Proyecto Global de Pastoral 2031-2033 y del Magisterio de la Iglesia. Aceptamos que estamos en tiempo de nuevas respuestas a la luz de los criterios del Hijo.

a) VI Plan Diocesano de la Arquidiócesis de Guadalajara

Los desafíos que tenemos como Comisión Diocesana están asumidos en el VI Plan Diocesano, en el Escenario Familia, descrito en el “Hecho englobante” llamado: Crisis del matrimonio y de la familia. Es desde esa clave que ubicamos a las personas con discapacidad, por ser parte de una familia, y en varios casos están dentro de una relación matrimonial.

El VI Plan nos invita a aceptar las causas que provocan no pocas crisis matrimoniales y familiares y que las personas viven además de su condición de discapacidad:

CAUSAS	CONSECUENCIAS	TENDENCIAS
<ul style="list-style-type: none"> ● Falta de formación en los valores humanos-cristianos. ● Falta comunicación efectiva y afectiva. ● Violencia intrafamiliar. ● Machismo. ● Ideología de género mal entendida y su influencia. ● Deficiente ingreso económico a las familias y muchas veces mala administración del mismo. ● Desconocimiento de la naturaleza del matrimonio-sacramento. ● Influencia negativa de los medios de comunicación. 	<ul style="list-style-type: none"> ● Delincuencia y adicciones. ● Baja autoestima. ● Materialismo consumista. ● Ver el divorcio como única solución de conflictos. ● Infidelidad. ● Nuevos modos de vivir la familia. ● Aumento de embarazos no deseados, madres adolescentes y abortos. ● Individualismo. ● Los hijos siguen los mismos patrones de conducta de los padres. 	<ul style="list-style-type: none"> ● Familias disfuncionales. ● Pérdida del soporte afectivo de la familia en los jóvenes, adolescentes y niños, y, en última instancia, pérdida del sentido de la vida. ● Sociedad disgregada. ● Descomposición social. ● Sentimiento social de orfandad (una sociedad sin padres).

Como Comisión, estamos urgidos a dar respuestas concretas a estas causas, consecuencias y tendencias, desde líneas de acción muy claras y desde las que habremos de considerar a las personas con discapacidad:

LÍNEAS DE ACCIÓN

1. Propiciar el encuentro personal con Cristo vivo en todas las instancias y tareas pastorales.
2. Asumir la espiritualidad de comunión como cimiento e inspiración de toda acción pastoral.
3. Asegurar la creación y fortalecimiento de espacios y procesos de formación Integral.
4. Situar y asumir toda acción evangelizadora en el marco de nuestro proceso Pastoral.
5. Asumir el compromiso de solidaridad y salida a las periferias en el espíritu del discípulo misionero.
6. Anunciar a Jesucristo y su Evangelio con un lenguaje comprensible, testimonial y significativo a los hombres y mujeres de hoy.
7. Impulsar el protagonismo de los laicos en la transformación evangélica de la sociedad y su participación en la Iglesia.

b) Proyecto Global de Pastoral

Como Comisión Diocesana estamos en la disposición de dar nuevas y actualizadas respuestas pastorales a nuestros hermanos y hermanas con discapacidad, de manera que hagamos visible la invitación de los obispos mexicanos para conmemorar el acontecimiento Guadalupano en el 2031 y la celebración de los misterios de la Redención en el 2033, que lo expresan sabiamente en el numeral 168: “Damos gracias a Dios por esta nación mexicana a la que amamos y pertenecemos orgullosamente valoramos las grandes cualidades que poseemos como pueblo: familiar, joven, solidario, incluyente, servicial, religioso, teológico, esforzado, trabajador, acogedor, festivo, evangelizador, indígena y mestizo. Es aquí donde el Señor quiere expresar su amor misericordioso y su cercanía a través de su iglesia y proclamar con nuestro anuncio y testimonio que hay esperanza y que debemos levantar nuestro corazón, como lo anunciaba el profeta: *Pues voy a crear unos cielos nuevos junto con una tierra nueva; ya no será mentado lo de antaño, ni volverá a ser recordado; antes bien habrá gozo y regocijo por siempre, por lo que voy a crear. Voy a crear una Jerusalén “Regocijo”, y un pueblo “Alegría”; me regocijaré por Jerusalén y me alegraré por mi pueblo, sin que vuelvan a oírse ayes ni llantos* (Is 65, 17-19). Queremos poner de manifiesto que la esperanza es nuestra certeza y nuestro camino y recordar que, a lo largo de la historia, nuestro pueblo ha sabido sobreponerse a momentos difíciles de donde ha salido fortalecido”.

Si bien el Plan Global de Pastoral no menciona a las personas con discapacidad, no es por omisión, sino que están consideradas como personas dentro de la Iglesia y, por lo tanto, son parte integral de la Iglesia Mexicana que busca autenticarse como pueblo de Dios sin distinción.

Actuar con la fuerza del Espíritu Santo

Es así como la Iglesia tiene el deber de acoger en su seno a aquellas familias en las que la discapacidad irrumpe en la vida, genera un desafío profundo e inesperado, y desbarata los equilibrios, los deseos y las expectativas (Papa Francisco, 2016).

Este acontecimiento aparece ante las familias como un misterio que, a la luz de la fe, debe ser asumido como camino de salvación, a ejemplo de Job, quien aún sin comprender del todo el misterio de su vida, se servía de ella para acercarse a su Creador de forma honesta y con un corazón que, en medio de la incertidumbre, se abandonaba en Dios.

Resulta vital que la Iglesia, como Madre y Guía de todos los cristianos, asuma el compromiso amoroso de acoger y acompañar a las familias de estas personas en su camino de entendimiento del misterio de la discapacidad, dando la respuesta que Jesús da en el Evangelio: *“Ha nacido así para que la gloria de Dios se manifieste en él”* (ver Jn 9, 3). A este propósito, Cristo no sólo revela que la discapacidad es parte del Plan divino, sino que actúa en consecuencia, restaurando su dignidad ante la comunidad. Luego de este encuentro, la persona con discapacidad logra descubrir su identidad como hijo de Dios y es capaz de asumir la encomienda que el Nazareno da a aquel ciego: la misión de evangelizar.

De la misma forma, la Iglesia de Cristo ha de ser quien se pone respetuosamente a la escucha; quien esté más cerca de las personas con discapacidad y sus familias, consciente de que la falta de atención agrava el sufrimiento y la soledad, mientras que la fe testimoniada mediante el amor y la gratuidad da fuerza y sentido a la vida (II, 2000).

Las familias que han recibido la tarea de acoger la discapacidad, y que con ayuda de la Iglesia consiguen escuchar la voz del plan divino en estas circunstancias, estarán capacitadas para transmitir al hijo con discapacidad la Buena Nueva en sus vidas, proponiéndoles a su propia discapacidad como un camino de servicio al prójimo y de santificación, ya que es en la familia donde se adquiere el hábito de los pequeños gestos de amor y de ternura, los sacrificios que benefician a la persona con discapacidad, las generosidades y el compartir. También en la vida familiar se aprende a cuidar, ya desde muy niño, a reír, a trabajar y a descansar.

La base de la familia es el **amor**; se vive en familia para ayudar a que todos cumplan, que cada uno sea él mismo y pueda cubrir sus necesidades básicas, sobre todo aquellas que subyacen de la discapacidad.

Agradecer los detalles, expresarlo con frecuencia y, desde temprana edad, enseñarles que todos somos valiosos en la vida familiar.

Muchos compromisos sociales familiares han llegado a los hijos con discapacidad a los que el Evangelio ha impulsado a comprometerse. Eso los hace sentirse queridos unos y otros, al vivir el esfuerzo y la superación solidaria en cada uno de los miembros de la familia para con el hijo con discapacidad.

Ser autónomos. El valor de la autonomía, es decir, el que la familia promueva la independencia de sus miembros, es una cualidad importante que se hace extensible a aquellos que presentan una discapacidad.

La familia ayudará a que ese miembro crezca y se desarrolle, y contribuirá a que viva su propio proceso vital y espiritual, que no tiene por qué ser igual al de los demás.

Pertenecer. Las personas con discapacidad necesitan sentir que pertenecen a una familia, que son parte de su vida, a la comunidad parroquial,

al grupo de amigos, al colegio... todo eso los enriquece como personas.

Nosotros sabemos que Dios comprende nuestra enfermedad, porque Él mismo la ha experimentado en primera persona (Papa Francisco, homilía del Jubileo de los enfermos y personas discapacitadas, 12 de junio de 2016).



Oración final

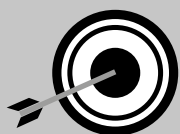
Pidamos por los miembros de nuestras familias que tienen alguna discapacidad, diciéndole a nuestro Padre Dios: **“Padre, abrázalos con tu amor”**.

- Te pedimos por nuestros niños que viven el reto de vivir con alguna discapacidad, para que encuentren amor, apoyo y trato amoroso en sus familias y en nosotros, como comunidad eclesial. **Oremos.**
- Te pedimos, Padre que caminas entre nosotros, que acompañes a los adolescentes con discapacidad, para que, en medio de las crisis propias de su edad, encuentren en sus familias escucha, comprensión, paciencia y cercanía amorosa que los haga sentirse amados. **Oremos.**
- Amoroso Padre de la salud, te pedimos por nuestros jóvenes que viven con discapacidad, ilumina sus caminos para que descubran que, a través de su testimonio, pueden ser discípulos misioneros de tu amor en medio de sus familias, amigos, ambientes laborales y de nuestras iglesias locales. **Oremos.**
- Te pedimos, Padre, que acompañes con tu solicitud de amor incondicional y providente a tantos hermanos adultos viviendo con discapacidad, y que son el sostén de sus familias, que encuentren en nosotros la solidaridad que los anime a buscar siempre tu voluntad. **Oremos.**
- Padre del amor incondicional, en tus manos encomendamos a nuestros abuelos con discapacidad, que puedan sentirse aceptados, comprendidos y acogidos en medio de nuestras familias. **Oremos.**

Tema 5

“Tiende la mano al pobre” es una invitación a la responsabilidad

Pbro. Francisco de Asís de la Rosa Patrón



Objetivo

Animar a los participantes a seguir asumiendo la responsabilidad de ponerse al servicio de los demás, especialmente de los más débiles, tendiendo la propia mano al pobre, como un signo de caridad para fortalecer la esperanza, brindar apoyo y consuelo y dar testimonio auténtico de la propia fe.



Oración Inicial

Oración a María, madre de los pobres

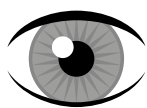
“Madre de los pobres, los humildes y sencillos, de los tristes y los niños que confían siempre en Dios.

*Tú, la más pobre porque nada ambicionaste; tú, perseguida, vas huyendo de Belén;
tú, que en un pesebre ofreciste al rey del cielo, toda tu riqueza fue tenerlo sólo a Él.*

*Tú, que en sus manos sin temor te abandonaste; tú que aceptaste ser la esclava del Señor;
vas recitando un poema de alegría: ¡Canta, alma mía, porque Dios me engrandeció!*

*Tú, que has vivido el dolor y la pobreza; tú, que has sufrido en la noche sin hogar;
tú, que eres madre de los pobres y olvidados, eres el consuelo del que reza en su llorar.*

Madre de los pobres, ruega por nosotros”. Amén.



Ver con los ojos del Padre

En familia, responder las siguientes preguntas. Al terminar, se compartirán las respuestas al grupo. Hay que cuidar que el resultado no se convierta en un debate o discusión. No se trata de que todos estén de acuerdo sino solamente señalar las situaciones que se pueden constatar en nuestra vida diaria, es decir, de las que se tiene conocimiento.

- ¿Qué situaciones positivas se han dado en la propia familia y en otras familias a partir de la pandemia? Hay que señalar al menos 5.
- ¿Qué consecuencias positivas han generado para las familias y para la sociedad?
- ¿Qué situaciones negativas se han dado en la propia familia y en otras familias a partir de la pandemia? Hay que señalar al menos 5.
- ¿Qué consecuencias negativas han generado para las familias y para la sociedad?



Discernir con los criterios del Hijo

Para iniciar la reflexión, hacer las siguientes preguntas:

- ¿Quién o quiénes serán los responsables de estas situaciones tanto positivas como negativas?
- ¿Quién o quiénes serán los responsables de transformar las situaciones negativas en positivas y hacer crecer las positivas?

Invitar a algunos participantes a responder. Al menos dos por cada pregunta. Recordar lo mismo que en el momento anterior: no se trata de iniciar una discusión sino un diálogo.



Al terminar, se propondrá la reflexión de algunos párrafos del mensaje del Papa Francisco para la IV Jornada Mundial de los Pobres.

Desde 2017 el Papa Francisco instituyó la Jornada Mundial de los Pobres y se celebra el penúltimo Domingo del Tiempo Ordinario, es decir, un domingo antes de la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. Cada año ha dirigido un mensaje con ocasión de esta Jornada.

Este año, 2020, el mensaje considera el contexto de la pandemia del Covid-19. El mensaje está titulado: “Tiende tu mano al pobre” (ver Ecclo 7, 32). En sus palabras encontramos luz para responder a estas interrogantes desde el ámbito de la fe.

Al referirse a la pandemia el Papa afirma: “Este momento que estamos viviendo ha puesto en crisis muchas certezas. Nos sentimos más pobres y débiles porque hemos experimentado el sentido del límite y la restricción de la libertad. La pérdida del trabajo, de los afectos más queridos y la falta de las relaciones interpersonales habituales han abierto de golpe horizontes que ya no estábamos acostumbrados a observar. Nuestras riquezas espirituales y materiales fueron puestas en tela de juicio y descubrimos que teníamos miedo. Encerrados en el silencio de nuestros hogares, redescubrimos la importancia de la sencillez y de mantener la mirada fija en lo esencial. Hemos madurado la exigencia de una nueva fraternidad, capaz de ayuda recíproca y estima mutua. Este es un tiempo favorable para «volver a sentir que nos necesitamos unos a otros, que tenemos una responsabilidad por los demás y por el mundo [...]. Ya hemos tenido mucho tiempo de degradación moral, burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad [...]. Esa destrucción de todo fundamento de la vida social termina enfrentándonos

unos con otros para preservar los propios intereses, provoca el surgimiento de nuevas formas de violencia y crueldad e impide el desarrollo de una verdadera cultura del cuidado del ambiente» (LS 229). En definitiva, las graves crisis económicas, financieras y políticas no cesarán mientras permitamos que la responsabilidad que cada uno debe sentir hacia al prójimo y hacia cada persona permanezca aletargada” (número 7).

Con claridad el Papa Francisco nos indica la importancia de renovar la conciencia de que tenemos una responsabilidad por los demás y el mundo y esta responsabilidad se materializa cuando somos capaces de «tender la mano al pobre»: “Esta pandemia llegó de repente y nos tomó desprevenidos, dejando una gran sensación de desorientación e impotencia. Sin embargo, la mano tendida hacia el pobre no llegó de repente. Ella, más bien, ofrece el testimonio de cómo nos preparamos a reconocer al pobre para sostenerlo en el tiempo de la necesidad. Uno no improvisa instrumentos de misericordia. Es necesario un entrenamiento cotidiano, que proceda de la conciencia de lo mucho que necesitamos, nosotros los primeros, de una mano tendida hacia nosotros” (número 7).

Y, ¿qué significa esta expresión “tiende tu mano al pobre”? El Papa señala tres elementos:

El primer significado es la **ESPERANZA**. Aunque pareciera que el mal triunfa sobre el bien, sin embargo, son muchos más los gestos de respeto y generosidad, por lo tanto de bondad, que se hacen presentes en la humanidad. Escuchemos al Papa: “Tender la mano hace descubrir, en primer lugar, a quien lo hace, que dentro de nosotros existe la capacidad de realizar gestos que dan sentido a la vida. ¡Cuántas manos tendidas se ven cada día! Lamentablemente, sucede cada vez más a me-

nudo que la prisa nos arrastra a una vorágine de indiferencia, hasta el punto de que ya no se sabe más reconocer todo el bien que cotidianamente se realiza en el silencio y con gran generosidad. Así sucede que, sólo cuando ocurren hechos que alteran el curso de nuestra vida, nuestros ojos se vuelven capaces de vislumbrar la bondad de los santos “de la puerta de al lado”, «de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios» (*GetE 7*), pero de los que nadie habla. Las malas noticias son tan abundantes en las páginas de los periódicos, en los sitios de internet y en las pantallas de televisión, que nos convencen de que el mal reina soberano. No es así. Es verdad que está siempre presente la maldad y la violencia, el abuso y la corrupción, pero la vida está entretejida de actos de respeto y generosidad que no sólo compensan el mal, sino que nos empujan a ir más allá y a estar llenos de esperanza” (número 5).

El segundo significado es **BRINDAR APOYO Y CONSUELO**, impulsados por la cercanía, la solidaridad y el amor. Son muchos los que por la situación de su profesión y trabajo o por impulso propio, no se detienen ante la amenaza de la enfermedad y dan una mano a los que la necesitan. Oigamos al Papa:

“Tender la mano es un signo: un signo que recuerda inmediatamente la proximidad, la solidaridad, el amor. En estos meses, en los que el mundo entero ha estado como abrumado por un virus que ha traído dolor y muerte, desaliento y desconcierto, ¡cuántas manos tendidas hemos podido ver! La mano tendida del médico que se preocupa por cada paciente tratando de encontrar el remedio adecuado. La mano tendida de la enfermera y del enfermero que, mucho más allá de sus horas de trabajo, permanecen para cuidar a los enfermos. La mano tendida del que trabaja en la administra-

ción y proporciona los medios para salvar el mayor número posible de vidas. La mano tendida del farmacéutico, quién está expuesto a tantas peticiones en un contacto arriesgado con la gente. La mano tendida del sacerdote que bendice con el corazón desgarrado. La mano tendida del voluntario que socorre a los que viven en la calle y a los que, a pesar de tener un techo, no tienen comida. La mano tendida de hombres y mujeres que trabajan para proporcionar servicios esenciales y seguridad. Y otras manos tendidas que podríamos describir hasta componer una letanía de buenas obras. Todas estas manos han desafiado el contagio y el miedo para dar apoyo y consuelo” (número 6).

Finalmente, significa también **VIVIR DE MANERA AUTÉNTICA LA FE** que profesamos, a través de la responsabilidad y compromiso con los demás, especialmente con los más débiles. Prestemos atención a lo que dice el Papa:

“Tiende la mano al pobre” es, por lo tanto, una invitación a la responsabilidad y un compromiso directo de todos aquellos que se sienten parte del mismo destino. Es una llamada a llevar las cargas de los más débiles, como recuerda san Pablo: «*Mediante el amor, pónganse al servicio los unos de los otros. Porque toda la Ley encuentra su plenitud en un solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. [...] Lleven las cargas los unos de los otros*» (Ga 5, 13-14; 6, 2). El Apóstol enseña que la libertad que nos ha sido dada con la muerte y la resurrección de Jesucristo es para cada uno de nosotros una responsabilidad para ponernos al servicio de los demás, especialmente de los más débiles. No se trata de una exhortación opcional, sino que condiciona de la autenticidad de la fe que profesamos” (número 8).

Teniendo en cuenta los tres significados señalados

por el Papa Francisco, es posible decir que **“tiende tu mano al pobre”** es una invitación a vivir con responsabilidad y compromiso, en este tiempo de pandemia, el mandamiento principal de nuestra fe: *“Este es mi mandamiento: que se amen unos a los otros como yo los he amado”* (Jn 15, 12). Asumiendo esta invitación a la responsabilidad será posible fortalecer la **esperanza, brindar apoyo y consuelo** y dar testimonio de **vivir la fe de manera auténtica** comprometiéndonos en el servicio a los demás, especialmente de los más débiles. Iluminados por las palabras del Papa Francisco,

podemos responder a la pregunta “¿quién o quiénes serán los responsables de transformar las situaciones negativas en positivas y hacer crecer las positivas?”. La respuesta es que los responsables somos cada uno de nosotros. Cada uno, desde su propio ámbito, poniendo en práctica la indicación del Papa Francisco: **“TIENDE TU MANO AL POBRE”**.

Actuar con la fuerza del Espíritu Santo

El mismo mensaje, el Papa nos invita a actuar como hombres y mujeres creyentes y afirma que “el encuentro con una persona en condición de pobreza siempre nos provoca e interroga. ¿Cómo podremos ayudar a eliminar o al menos aliviar su marginación y sufrimiento? ¿Cómo podremos ayudarla en su pobreza espiritual? La comunidad cristiana está llamada a involucrarse en esta experiencia de compartir, con la conciencia de que no le está permitido delegarla a otros. Y para apoyar a los pobres es fundamental vivir la pobreza evangélica en primera persona. No podemos sentirnos “bien” cuando un miembro de la familia humana es dejado al margen y se convierte en una sombra” (número 4).

La familia es el lugar primero y privilegiado en donde debemos, como católicos, aprender y practicar la indicación que el Papa Francisco hace: “Tiende tu mano al pobre”.

Para este momento, conviene recordar las situaciones negativas y positivas presentes por la pandemia Covid-19 que se compartieron en el momento del “Ver”. Después, primero de manera personal, cada participante podrá elegir una situación negativa y se comprometerá a realizar una acción concreta para transformarla en positiva o podrá elegir una positiva para realizar acciones que la hagan crecer.



Situación negativa o positiva	¿Qué acciones realizaré para transformar la negativa en positiva o hacer crecer la positiva?

En un segundo momento harán lo mismo, pero en familia.

Situación negativa o positiva	¿Qué acciones realizaremos como familia para transformar la negativa en positiva o hacer crecer la positiva?

Para concluir, se compartirá en el grupo la reflexión, sobre todo las acciones que realizarán como familia.



Celebramos

Para agradecer a Dios todas las acciones de solidaridad que se han hecho presentes en esta pandemia por el Covid-19, proponemos lo siguiente:

Si es posible, conseguir una imagen del Buen Samaritano o de una persona en situación de pobreza. También es necesario tener un cirio encendido, de tamaño adecuado a la situación. Se invita a algunos participantes que quieran compartir alguna experiencia positiva de solidaridad vivida personalmente en este contexto de Covid-19.

A continuación, escuchamos a Dios en la parábola del “Buen Samaritano” (Lc 10, 30-37).

“En esto un doctor de la ley se levantó y, para ponerlo a prueba, le preguntó: Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna? Jesús le contestó: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué es lo que lees? Respondió: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo. Entonces le dijo: Has respondido correctamente: obra así y vivirás. Él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Jesús le contestó: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Tropezó con unos asaltantes que lo desnudaron, lo hirieron y se fueron dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, pasó de largo. Lo mismo un levita, llegó al lugar, lo vio y pasó de largo. Un samaritano que iba de camino llegó adonde estaba, lo vio y se compadeció. Le echó aceite y vino en las heridas y se las vendó. Después, montándolo en su cabalgadura, lo condujo a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos monedas, se las dio al dueño de la posada y le encargó: Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta. ¿Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los asaltantes? Contestó: El que lo trató con misericordia. Y Jesús le dijo: Ve y haz tú lo mismo”.

Si se cuenta con el recurso técnico, se puede presentar el siguiente video sobre el Buen Samaritano cutt.ly/bge098N Se concluye con la oración del Padre nuestro.

Agradecemos el apoyo para la impresión de este folleto a las parroquias:

- San Francisco Javier de las Colinas
- Nuestra Señora de las Victorias
- San Pablo, Las Fuentes
- Madre Admirable, el Salto



Oración por los bienhechores

“Padre Santo, te agradecemos por todos los bienhechores que, con tanta generosidad, colaboran en esta obra al ofrecernos los recursos necesarios. Ellos, impulsados por la caridad que el Espíritu Santo ha derramado en sus corazones, han sabido responder a la invitación de tu Palabra al “dar de corazón, porque Tú amas al que da con alegría” (ver 2 Co 9, 7).

Nuestros bienhechores son personas de corazón generoso; hoy elevamos nuestra oración por cada uno de ellos, para que tú, Señor, fuente de todo bien, pagues con creces su generosidad.

Recompénsalos, Señor, con tus gracias y con la plenitud de la vida eterna”. **Amén.**

Casa de la familia

Rayón 835, Col. Moderna, Guadalajara, Jalisco

Tel. 3810-5985

dimension-familia@hotmail.com

Ventas: Carmen Cervantes. Cel. 33-3955-2462



Ediciones Casa del Catequista

Francia 1420, Col. Moderna, Guadalajara, Jal. Tel. oficina: (33) 2464-5800

ediciones@casadelcatequista.com www.ediciones.casadelcatequista.com